Vírgen se arrojó llorando de alegría en los brazos de su padre.

Pocos dias despues salia la familia para México.

## of about ad onabout to We

En alguna parte he leido una observacion que no puede dejar de confesarse, que muy pocos conocen por experiencia, y que rarísimos niegan: para conocerla basta tener sentido comun; para experimentarla es necesario tener una alma privilegiada; para negarla es necesario no saber lo que es amor. Héla aquí:

La ausencia, para el amor, es como el viento, que apaga el fuego pequeño y aviva el grande.

La pasion de Vírgen y Jacinto se habia avivado.

Aquellos tres meses fueron para ellos largos como siglos, y á Jacinto le fué imposible seguir á su amada á la capital.

No podia moverse; era esclavo porque era pobre. Se ha comparado frecuentemente la ausencia con la muerte, y sin discutir la semejanza, sí es fuerza convenir en que por lo menos es su hermana menor.

Por muy seguros que ambos se hallen de que está correspondido su cariño, hay momentos crueles en que no se pueden cerrar las puertas á la duda. Estos momentos pasan, es cierto; pero si pasan, es porque han venido.

El gran goce del amor es gozar con quien se ama: el gran consuelo de la vida es sufrir con él, si sufre. Cuando entre dos llevan el pesar, el pesar es mas ligero; cuando entre dos llevan la dicha, la dicha se duplica: es decir, en el amor, el placer y el dolor se encuentran en proporcion inversa.

La ausencia impide esta comunion de sentimientes: durante ella, recibimos al placer con desconfianza, temiendo que en aquel momento sufra la persona amada, y si llega la pena, que llega siempre con frecuencia, no tenemos quien diga á nuestro oido una palabra de consuelo.

¡Con qué ánsia esperó Jacinto la llegada de la familia desde que supo que estaba próxima!

Le parecia que aquel instante no habia de llegar nunca; ni imaginarse podia, á pesar de su certeza, que estuviera tan cercano.

La misma noche en que llegaron à Pátzcuaro, se vistió con inusitado esmero; se armó de un valor que en otros tiempos no necesitaba, y temblando á pesar de él, se dirigió á la casa de Vírgen.

Las señoras se hallaban muy fatigadas, y no fué recibido esa noche.

Jacinto volvió al otro dia, y al otro, y al siguiente, y siempre fué despedido con diversos pretextos. Fácil es de concebir su ansiedad.

En vano Octavio procuraba consolarlo; Octavio no sabia hacerlo: y no era por falta de cariño, pues Octavio, ¡caso raro! era amigo de Jacinto; íbamos á decir verdadero amigo, pero hubiera sido una aberracion. Ser amigo es ser un buen amigo, es ser amigo verdadero; de otro modo, es no ser amigo.

Cierto es que se ha abusado mucho de esa palabra, pero aun no se ha inventado otra con que sustituirla.

¡Y Octavio nada podia contra la tristeza del jóven, ni le era dado siquiera disipar por algunas horas su fastidio!

¿Por qué? Confieso que no lo sé; este es un fenómeno que pasa en la vida real, y que yo no me he explicado. Octavio tenia talento, amaba á Jacinto, era á su vez amado de él, y al verlo triste, no podia consolarlo. Esto era un hecho; solo pensando en esto he podido comprender aquel axioma que se nos enseña en la cátedra de retórica: "No todo lo verdadero es verosímil." Yo añadiria á él este otro: "Hay imposibles que se realizan." Jacinto, sin embargo, sabia que su amigo sentia tanto como él, ó más que él, sus penas; esto era ya algo.

El jóven amante se decidió por último á escribir á Vírgen, pero realizar este pensamiento era mas difícil de lo que á primera vista parecia.

¿Cómo escribirle? ¿Qué decirle? ¿Manifestar temor y desconfianza? ¿Dudar de ella? Esto seria ofenderla; seria confesarse Jacinto lo que no queria ni imaginarse; y en aquellas circunstancias, ¿cómo no dudar? ¿cómo no temer?

Al fin, despues de quemar muchos borradores, escribió una carta, que no volvió á leer por no arrepentirse de haberla escrito, y la mandó.

Hecho esto quedó mas tranquilo, y no solo mas tranquilo, sino contento.

Todas las dudas, todos los temores se disiparon como por encanto.

—Necio de mí, se decia. Yo no comprendo la conducta de Vírgen, pero no comprenderla yo, no significa que me sea infiel. Pronto recibiré su respuesta, la que todo me lo explicará; tan cierto estoy de ello, que la espero con curiosidad, mas no con impaciencia.

La respuesta no llegó.

Jacinto insistió, y el mismo silencio, 1y estaba seguro de que ella habia recibido sus cartas!

—Octavio, si fuera posible que alguna vez Vírgen me olvidara, creyera que ya habia llegado ese dia.

## VII

#### Jacinto a Virgen.

El alma estaba bañada en esplendores y en luz; Una nube se interpuso ante los rayos del sol.

Las nubes son importunas; el sol que acaricia con cuidado las mas delicadas flores, airado contra su importunidad, las deshace.

La tristeza viene al corazon, pero éste la rechaza; no hay lugar para ella, cuando todo está ocupado por el amor. Todo: apenas ha quedado un lugarcito para la esperanza.

Si el corazon lucha solo, sucumbe; si lo acompana el cariño, nada tiene que temer.

Por eso ha dicho Dios: "¡Ay del que esté solo!" Vírgen, tú puedes mandar la alegría á mi mora-

da; enviada por tí, seria muy bien recibida.

Por qué la detienes?

Las aves tienen sus cantos y los poetas su lira; yo tengo cariño, no tengo más.

Creo en tí, pero tu silencio ha engendrado la duda.

La duda! Sabes lo que para el alma quiere esto decir?

Quiere decir una atmósfera que martiriza, un ambiente que atormenta.

Sol de la vida, ¿cuándo vuelves á bañarme con tus rayos?

Tendí la vista, y la aurora espléndida vertia á torrentes armonía y luz.

El cielo se vestia de esplendores y los árboles se regocijaban.

Las nubes se ponian sus mejores vestidos para recibir á la madre de la luz.

El ambiente, como quien viene anunciando una buena nueva, venia cargado de perfumes.

Entoné un cántico á la alegría. Era el festin de la naturaleza, abierto para mí.

¿Por qué el sol ocultó sus rayos y la aurora cubrió su faz? Sol de la vida, ¿cuándo vuelves á inundarme con tu luz y tu calor?

\*

La catarata se arroja de las rocas con estrépito, como quien se apresura á gozar de la vida.

El rio corre mansamente, y el lago agita sus ondas al suave hálito de la brisa.

Las flores se columpian en sus tallos; su vida es la hermosura.

La misma luz se vuelve al cielo, y al siguiente dia, sonriendo, vuelve á vestir á las nubes y á mezclarse al agua de los arroyos.

Todo vive, ¡que bendita sea la vida!

La vida de las almas es el amor.

Sol de la vida, ¿cuándo vuelves á bañarme con tu dulce calor?

\*

El frio del sepulcro debe entristecer á los muertos.

El sel baja á la tierra, penetra la bóveda del firmamento, pero jamas ha entrado á las tumbas.

Desgraciados los muertos, porque no aman.

Sol de la vida, ¿por que has alejado tus rayos de mi corazon?

Si Jacinto hubiera vuelto á leer lo escrito, no lo hubiera enviado.

Hay que convenir en que aquella carta no tenia sentido comun.

## VIII

Hay en los idiomas algunas frases en las cuales la idea contradice á las palabras, y el final del anterior párrafo es una prueba de ello.

Lo que es muy comun es no tener buen sentido. Yo propondria reformar el idioma, y sustituir á la frase "sentido comun," esta otra mas exacta, "sentido raro.

#### Adicion.

Mucho tiempo despues de escrito el párrafo anterior, he sabido que un amigo mio ha tenido una idea muy semejante á la que en él se contiene; pero no he creido deber, por eso, suprimirla.

# IX

#### Virgen á Jacinto.

Todo ha concluido entre nosotros. ¿Sorprende á usted esta resolucion? Voy á explicársela, con objeto de evitar que me pregunte la causa de ella, pretendiendo disculparse.

No, Jacinto, usted no tiene la menor culpa; se ha portado usted siempre como conviene á un caballero, y yo se lo agradezco.

Pero yo no puedo amar á usted. Bien sabe usted que no podemos mandar á nuestro corazon: si así fuere, yo le ordenaria amarlo; créame.

Es usted todavía jóven; procure olvidar. Pronto, estoy segura, encontrará vd. un verdadero carifio que lo indemnice del que se ha apagado en el corazon de

VÍRGEN.

\* \*

Jacinto halló esta carta tan inverosímil, que no la entendió. La guardó cuidadosamente, diciéndose:

-Esperaré à que Octavio me la explique.

## X

Jacinto acababa de dejar la cama, donde habia estado postrado durante muchos dias.

La enfermedad tué terrible; pero con razon se da á la Muerte el nombre de cruel.... Jacinto no murió.

Octavio habia velado contínuamente junto á su lecho; se diria que su naturaleza se habia acostumbrado á no necesitar del sueño.

Jacinto estaba pálido y estenuado, y sin embargo, Octavio se hallaba tan estenuado y tan pálido, que junto á él, el enfermo parecia no haberlo es tado.

- -Octavio, he tenido fiebre, ¿no es verdad?
- -Sí, Jacinto, pero ya el peligro pasó.
- He delirado?
- -Sí, contínuamente.
- -¡Oh felicidad! He delirado muchísimo, ¿no es cierto?

Octavio lo comprendió, y no halló qué responderle.

-¡Qué horrible enfermedad! continuó el jóven;

los mayores dolores no pueden compararse á sus tormentos. ¿Sabes, Octavio? era una pesadilla prolongada. No te enojes conmigo, porque no tengo la culpa... si supieras... pero, ¡ya se ve! estaba loco.... Deliraba con que Vírgen no me amaba ya... no me regañes; te repito que no era culpa mia: ¿quién tiene la culpa de sus sueños?

—Jacinto, amigo mio, cálmate y no hables; lo ha recomendado el médico. Eso podria dañarte.

— ¿Dañarme la alegría? ¿Dañarme estar bueno?....; Oh, no, Octavio, no! Lo que me dañaria, y mucho, seria volver á estar enfermo, volver
á ese horrible delirio.... Dime, ¿la has visto? ha
preguntado por mí? Por qué no me lo habias dicho? Yo te hubiera entendido aun en la mayor
fuerza de la fiebre, y eso me hubiera hecho mucho
bien.

-Basta, Jacinto, por ahora necesitas reposo.

— Ha enviado hoy á preguntar por mi salud?....
Todavía no?.....¡Oh! lo que es hoy, yo mismo le contestaré.....¡Qué gusto va á recibir cuando lo sepa!.... Oye, Octavio, hay gentes que no debieran enfermarse nunca...... Pero ¿ nada me dices?.....

—Te digo que eres un imprudente; te repito que te dana hablar, y que necesitas reposo.

—¡Reposo! callar! Lo que yo necesito es hablar de ella... No la he visto hace ya.... ¿cuánto tiempo he estado enfermo?

-Vas á hacerme incomodar. Yo he respondido al medico de tu silencio.

—¡Los médicos! ¿qué saben los médicos? Dime francamente, ¿no crees que esta alegría me haga más bien que todas sus pócimas?

-¡Jacinto!

—Estar alegre es estar bueno. Y Magdalena, ¡tambien se habrá interesado por mí?.... ¡Qué horrible es estar enfermo! Prometo no volver á enfermarme.... ¡Lloras? ¡Qué es esto? Qué, ¡todavía me creen en peligro? Si así es, me callaré, reposaré.... ¡Oh, sí, quiero estar bueno! quiero cuanto antes estar bueno.....

\*\*

Permitaseme una cita en francés, aunque no sea, porque Balzac es quien habla:

"Pour moi, qui ai bien creussé la vie, il si existe qu'un seul sentiment reel, l'amitié d'homme à homme."

La amistad entre hombre y mujer se convierte fácilmente en amor, ó mas bien dicho, no hay cariño entre ellos que no sea el amor, mas ó menos disfrazado, y ya sabemos, por Alejandro Dumas hijo, cuál es el desenlace del amor mas puro.

Y en efecto, ¿qué pensamiento se encierra en el amor? á qué tiende? ¿El amor no es acaso la impresion en nuestros corazones de la órden del Creador: "Creced y multiplicaos"?

Pero la amistad es, por esencia, pura. Yo reformaria el pensamiento de Balzac, diciendo: "No hay mas que un sentimiento real, la amistad de hombre á hombre, y la amistad de ángel á ángel.

# with the hadron darking XI with the control of the second

borter categories categories freezestates as

Hay habitaciones que á primera vista parecen alegres, ó bien que desde luego inspiran no sé qué tristeza, y en esto se nota un fenómeno bastante comun. Las que alguna vez nos comunicaban cierto bienestar, cierta alegría no disimulada, cambian de repente de tal modo, que sin adivinar la causa, las hallamos tristes, nos encontramos mal en ellas. Y allí, sin embargo, nada ha cambiado.

Yo he llegado á creer que la situacion moral de los habitantes se refleja en las paredes, en los tehos, en la luz que manda el sol. La casa de Vírgen, tan alegre de ordinario antes de la partida, parecia sombría y triste, y sin embargo, Magdalena era la única persona que no se manifestaba contenta.

Don Antonio habia olvidado su antiguo abatimiento; Don Mauro no cabia en sí de felicidad, y Vírgen sonreia á todos, procurando volver á su madre el contento, antes habitual.

Pero aquella casa, desde que no recibia á Jacinto, estaba triste; se diria que le faltaba aquel calor que irradiaba del corazon de los dos jóvenes, aquella vida que parecia impregnar el aire con su fluido, como la atmósfera de las selvas parece impregnada, no solo de los perfumes terrestres, sino tambien de las armonías de las aves y de los misteriosos sonidos de la soledad.

Y no era porque el amor faltara en aquella casa, porque Vírgen.... estaba enamorada.

En la sala estaban reunidos el padre, la madre y la hija: ésta, contra su costumbre estaba cuidadosamente ataviada.

-Pero, hija mia, decia Magdalena, trealmente le amas? Yo abrigo la misma duda que tu padre.

—Sí, le amo, y no sé por qué esto te serprenda. No es un hombre honrado, rico, no me tiene cariño? ¿Tú tambien, madre, me crees capaz de no dejarme seducir sino por las ventajas exteriores?

—Yo no dudo ya, Magdalena. No sé por qué Don Mauro no pudiera inspirar amor.

— Pero olvidar tan repentinamente aquella pasion? . . . . continuó la pobre señora, haciendo esfuerzos para no llorar.

—Pero, mujer, eres mas niña que tu hija. ¿Quién hace caso de las primeras impresiones?

—Creí que amaba á Jacinto; juzgué que aquella pasion seria eterna, dijo Vírgen con su angelical sonrisa, bajando los ojos y con un repentino rubor que tinó nuevamente sus megillas.

- Todavía no lo crees, Magdalena?

—Sí, sí lo creo... respondió.

Pero despues de un momento de silencio, exclamó:

-Pero isi no puede ser!

-Lograrás bacerme incomodar.

—¡Incomodarte!... No. Solamente que soñaba con pasar tranquilamente mi vejez al lado de mi hija y de Jacinto. ¿Qué quieres? ya me habia acostumbrado á verlo como un nuevo hijo que me habia dado Dios.

- Pues lo que yo he soñado siempre, replicó D. Antonio, es que Vírgen sea dueña de sus acciones

y que ella misma elija el esposo que ha de hacerla feliz. ¿Por qué quieres obligarla á que tome el que tú elijas? Este asunto, Magdalena, es un asunto de corazon, y siempre he creido que los padres no debian tomar en él otro participio que el del consejo. Y vamos, ¿cuál es lo malo que en Don Mauro encuentras?

-No.... nada.... yo no digo.... pero es un usurero, añadió con voz casi imperceptible.

—¡Usurero! vaya una preocupacion! El usurero es un comerciante como todos los demas, que en vez de expecular con otra mercancía, expecula con la mercancía moneda. ¡No me cuesta la azúcar ocho y la doy á doce? Pues él recibe á ocho el dinero y lo vende en doce, ¡qué diferencia hay?

Vírgen sufria horriblemente durante estas discusiones; pero, por fortuna suya, D. Antonio, despues de exponer su brillante argumento, notando el mal efecto que producia en su mujer, se levantó y se retiró á su cuarto, donde permaneció entregado á cuestiones de economía política.

Magdalena, así que se vió sola con su hija, se le acercó, y tomando sus dos manos entre las suyas entrelazadas, y contemplándola fijamente entre las rebeldes lágrimas,

- Pero es cierto? le dijo.

-Sí, madre mia, sí. ¿A qué viene esa duda?

-Pero, si yo no puedo creerlo! Mira, Vírgen, yo amé á tu padre como tú amas á Jacinto....

-Como lo amaba, querrás decir.

-Pero es posible!

Vírgen tomó un aspecto sério.

—Madre, dijo, si te opones á mi enlace con D. Mauro, á pesar de mis deseos no se verificará nunca; jamas te causaré, sabiéndolo, la menor pena. No quieres que sea su esposa? Hoy mismo quedarán rotos nuestros compromisos.

—Me es necesario creer lo imposible.... vamos, no, no me opongo.... haz lo que mejor te plazca.... ¡Dios te haga feliz!

Vírgen tomó violentamente su abrigo, y se dirigió al templo de la Salud, donde la hemos encontrado.

# XII

—¡Usurero! repetia Don Antonio; ¿qué entienden las mujeres de eso? Nadie deberia hablar de lo que no entendiera.... Entre paréntesis, Don Antonio pretendia reducir al mutismo á la gran mayoría de los vivientes.

-¡Usurero! Y vamos á ver, ¿qué cosa es un usurero?

Como si fuera una contestacion, á su pregunta, apareció en la puerta un viejecito delgado, pero no esbelto; el color de su tez era amarillento, y las manos largas y arrugadas. El rostro anguloso hacia recordar al águila, como la hace recordar el perico; inclinaba el cuerpo hácia adelante, y al andar se movia su cabeza á compás de sus pasos.

Vestia un pantalon del antiguo lienzo llamado perpetuela, el cual en otro tiempo habia sido negro, pero en el que se notaban los estragos de los años, cosa no muy difícil, pues los géneros tambien tienen sus canas, y las de la perpetuela son canas verdes. Su chaleco era demasiado largo, y el saco, color de chocolate claro, demasiado ancho.

Tenia los ojos chicos y un tanto cuanto alegres, y una eterna sonrisa dilataba sus labios, dando á su conversacion un colorido particular.

- Se puede entrar?

—Adelante, amigo Don Mauro, ¡qué preguntal está usted en su casa.

—Por favor de usted, mi amigo; permítame tomar asiento.

POR RAMON VALLE.

89

—Me alegro ver á usted por acá tan temprano, pero lo extraño, pues no es su costumbre.

—Negocios graves, mi amigo, negocios graves. Cuestiones financieras.

Don Antonio palideció horriblemente, y queriendo disimular, tosió diferentes veces.

—He meditado mucho la proposicion de usted, mi amigo.....

- Y bien? .... dijo Don Antonio con visible ansiedad.

—Poco á poco, mi amigo; usted ha contraido muchas deudas, muchas ... y quiere usted que yo le preste el dinero para cubrirlas, cuyo dinero figurará como capital para la formacion de una companía de comercio. Hace seis meses me propuso usted ese plan, y yo he dudado, he vacilado ... y sin embargo, de entonces acá, ha contraido usted más deudas que nunca.... Ah, ah, ah, añadió riéndose, ¿cree usted haberme envuelto en sus redes? Soy muy zorro para eso.

Don Antonio habia vuelto á toser varias veces durante esta relacion, pero al final de ella se irguió en su sillon; creyó haber recibido un insulto, y solo la cólera y la angustia le impidieron responder.

-No, mi amigo, prosiguió Don Mauro, yo no me dejo engañar. ¿Qué dijo usted? "Este pobre

hombre va á creer que estoy arruinado, va á creer que debo mucho y que no puedo pagarle... siendo mi hijo político, no puede dejarme en tal situacion; me da el dinero, y hé aquí formada la compañía..."

Don Antonio no comprendia bien los discursos de su interlocutor.

Está usted descubierto, continuó éste con su eterna sonrisa; no tiene usted escapatoria. Estaba usted empeñado en que su yerno habia de ser comerciante como usted, y viendo mi repugnancia por esa profesion, inventó usted ese medio para obligarme á serlo.... ¡lo negará usted? Vamos, hombre, parece que lo que se ha descubierto es una conspiracion contra el gobierno, segun el aire azorado que manifiesta.... Sirva esta leccion para enseñarle que no es fácil engañarme, y por lo demas, al dia siguiente de n i boda, tendrá usted el dinero. Quiere usted hacerme comerciante? Sea.

Don Antonio habia sufrido horriblemente: las diversas emociones que habia experimentado, habian descompuesto todas sus facciones. Quien lo hubiera visto repentinamente en aquel momento, no lo hubiera conocido. Poco á poco se repuso.

-Héme aquí comerciante al pormenor, prosiguió Don Mauro, mas alegre que nunca. ¿Quién me lo hubiera dicho? Vamos, mi amigo, que nunca lo hubiera creido. Ha sido profesion por la que he tenido siempre un odio cordial.

-No tiene usted, Don Mauro, no tiene usted razon....

—No ha de lograr usted contagiarme. Abrazaré esa clase de comercio por complacer á usted, por lograr ser el esposo de Vírgen... la ambicion suprema de mi vida... pero jamas por convencimiento. Yo me contento con mi pequeño ingenio de Apamudícuaro, que me da el azúcar suficiente para pasar la vida sin fatigas.

-No deben ser los productos tan pequeños como usted se empeña en manifestar.

-Pequeños, mi amigo, demasiado pequeños. Gracias á que he sido económico y siempre solo, no me encuentro en la miseria.

—Pero no es posible creerlo así, y usted mismo da una prueba en su contra, ofreciéndome una cantidad bastante respetable.

—¡Ay, mi amigo! vea usted lo que son las apariencias! El dinero que hoy puedo ofrecerle, formó la herencia que recibí de mi padre, y la cual no habia querido tocar.

-Pero lo ha tenido usted improductivo durante tantos años!

No es difícil conocer que Don Antonio fingia creer á Don Mauro, estando perfectamente convencido de que su relacion era una solemne mentira. Muy bien conocia cuál era la especulacion que habia enriquecido á su futuro yerno, y por otra parte, todo su anhelo era desviar la conversacion de su punto de partida.

-Improductivo, mi amigo; inútil, completamente inútil.

-Ya no le será de hoy en adelante.

-Pues será debido á usted, mi amigo, y á su ingenioso empeño.

Las diversas sensaciones que Don Antonio habia sufrido, sucediéndose en su alma la vergüenza, el corage al creerse insultado, el gozo al conocer el verdadero sentido de las palabras de su interlocutor, la esperanza tan próxima de reparar un mal que habia creido irreparable, todo esto lo habia aturdido como si hubiera recibido un fuerte golpe en la cabeza.

Estaba displicente y violento por quedarse solo. Por fortuna suya, Don Mauro no permaneció largo tiempo, pues habiéndole manifestado que el objeto principal de aquella entrevista era fijar el dia de su enlace, y oyendo que Don Antonio le

contestó que necesitaba consultar á Vírgen y á su